

El silencio de la pulsión: un material *Icc* no-reconocido

Juan Carlos Cosentino

Introducción

Freud nos recuerda en *El yo y el ello* que las cuestiones que despliega en ese trabajo y en particular en el apartado IV, “Las dos clases de pulsiones”, retoman los pensamientos iniciados en su escrito de 1920, los anudan con múltiples hechos de la observación analítica e intentan derivar de esa confluencia nuevas conclusiones.

Ahora bien, en la misma “Introducción” de *Das Ich und das Es* nos aclara que esos pensamientos no siguen la elaboración teórica que llama “especulación analítica” ni piden ningún préstamo nuevo a la biología, como ocurre en el capítulo VI de *Más allá*. Por eso, a partir de la redefinición del *Icc*¹ -Freud propone en *El yo y el ello* un *Icc* no-todo reprimido- y, luego, de la reformulación de la idea de pulsión de muerte en 1924, se mantienen más cerca del psicoanálisis que del texto *Más allá*.

No obstante, lo que Freud denomina en *Más allá* “nuestra especulación acerca de las pulsiones”,² retorna en las conclusiones de este capítulo sobre el supuesto (*Annahme*) de la pulsión de muerte: “acerca de las pulsiones desarrollé recientemente (*Más allá*) un punto de vista al que me atenderé y que tomaré aquí como fundamento de las disquisiciones que siguen”.³

Es decir, las cuestiones que despliega en el capítulo IV acerca de las pulsiones no siguen la elaboración teórica que llama “especulación analítica” pero si el punto de vista, las conclusiones, del texto *Más allá*, al que se atenderá y tomará como fundamento de las disquisiciones que plantea allí.

Una sorpresa

En el año 2002, comenzamos un trabajo de traducción de algunos escritos freudianos. El valor de leer a Freud en el momento actual, a partir del trabajo de traducción, transita por recrear el instante inaugural de la experiencia analítica.

Cuando estábamos finalizando nuestra tarea de traducción de algunos capítulos de *El yo y el ello*, recibimos, el 8 de noviembre del 2004, los manuscritos inéditos del borrador y de la copia en limpio de ese trabajo.

Comenzó así un largo recorrido para allanar la difícil travesía por el texto manuscrito,⁴ que consistió, primero, en establecer el texto en alemán de la copia

¹ La redefinición del *Icc* que no le pide ningún préstamo nuevo a la biología nos conduce al capítulo V de *El yo y el ello*. Precisamente en ese capítulo: “muerte es un concepto abstracto de contenido negativo para el cual no es posible encontrar una correlación inconsciente”. En su lugar, la lógica freudiana del sexo conduce a la angustia de castración que resurge como falta. Un menos esencial sin el cual, tanto para el hombre como para la mujer, nada podrá funcionar.

² S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo VI), SA, III, p. 268 (AE, XVIII, p. 58).

³ S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Versión impresa, capítulo IV, párrafo [2]), Bs. As., Mármol-Izquierdo, 2011, p. 431

⁴ Freud escribía con la letra alemana o “kurrent”, difundida en el siglo XVIII y XIX en muchos lugares de Europa y usada en Alemania y Austria hasta mediados del siglo XX. Si bien se enseñaba la letra latina, se prefería en los países de habla alemana la letra “kurrent” que era el equivalente manuscrito de las tipografías “góticas” o fracturadas.

en limpio cotejándola con la versión publicada y posteriormente el del borrador, comparándolo con la copia en limpio. Su publicación está en preparación.

Acto seguido, siguiendo la nueva traducción que habíamos realizado del texto publicado de *Das Ich und das Es*,⁵ se preparó la versión al castellano de ambas manuscritos. Hizo falta revisión, articulaciones, comentarios, la comparación entre las tres versiones y notas preliminares.

Quiero comentarles hoy la sorpresa que nos deparó el borrador del capítulo IV de *Das Ich und das Es*. Posiblemente, fue escrito por Freud cuando el documento del borrador con su última parte de anotaciones cortas en forma de breves notas de trabajo estaba concluido. Tal es así que varios fragmentos de la segunda sección de ese anexo⁶, son parcialmente retomados en este capítulo.

Otro detalle también indica que el manuscrito del borrador probablemente estaba terminado cuando redacta este apartado, pues Freud repite el mismo número 5, sin advertirlo, en dos capítulos distintos. Sucede -como indicamos- que tal vez compone “Las dos clases de pulsiones” una vez que ha finalizado la redacción del borrador y, cuando decide ubicarlo como nuevo capítulo 5 del manuscrito, olvida cambiar el número del siguiente, “El súper-yo como representante del ello”, y transformarlo en capítulo 6.⁷

A su vez, como en el manuscrito de la copia en limpio Freud lo transforma en apartado IV, merece destacarse que el capítulo siguiente aparece numerado igualmente como IV pero con el I romano tachado (IV).⁸ Vale decir, el último capítulo primero era el capítulo IV pero en un segundo tiempo tacha el I y lo transforma en V. De esta forma, recién en el texto definitivo parecen cesar las dudas: lleva el número V, figura como último capítulo y mantiene el mismo encabezamiento que la copia.

Esta vacilación de Freud que en la copia en limpio, primero coloca “IV”, y luego tacha el “I” romano y corrige “IV”, confirmaría que escribió este capítulo, “Las dos clases de pulsiones”, cuando había finalizado la redacción del borrador de *El yo y el ello* y, tal vez, cuando había comenzado a preparar la copia.

Cabe destacar que el borrador no ofrece mayores diferencias con las otras dos transcripciones e incluye el mismo número de párrafos, es decir, (18). Sin embargo, la única nota a pie de página que va a quedar en la versión impresa la anexa con la corrección de las pruebas de galera, al final del anteúltimo párrafo, el [17].

Para la revisión de su hipótesis de la pulsión de muerte que aquí se apoya no en la “especulación analítica” sino en el resultado de la “especulación”, hace falta *El problema económico del masoquismo*, que Freud publicó menos de un año después. Y así, como veremos con el párrafo [17] de la versión impresa, esa única nota a pie de página que recién pudo redactar con la corrección de las pruebas de

5 S. Freud, “El yo y el ello”, en *El problema económico*, Bs. As., Imago Mundi, 2005.

6 “Preguntas colaterales, temas, fórmulas, análisis”.

7 Ver también: S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, Nota introductoria a la “Copia en limpio del capítulo IV”, op. cit., p.289.

8 Y con el título que lleva en el borrador, modificado. Así, el encabezamiento del capítulo, *El súper-yo como representante del ello*, se transforma en un nuevo título: *Las relaciones de dependencia del yo*.

galera -“las pulsiones de destrucción dirigidas hacia afuera fueron desviadas del propio sí-mismo (*eigenen Selbst*) por la intermediación del Eros”- lo rescata de la duda e indecisión de haber incluido este capítulo y le permite vislumbrar la reformulación del masoquismo.

En síntesis, para repetir en lo referente a las pulsiones las conclusiones de *Más allá* no valía la pena incluir el capítulo IV, “Las dos clases de pulsiones” en *El yo y el ello*. Pero habiéndolo finalmente agregado, a último momento, con la corrección de las pruebas de galera, a pie de página y como nota se vislumbra una interesante novedad.

Dos incógnitas pues: una hipótesis especulativa y el propio sí-mismo.

Una hipótesis especulativa

La traducción directa del material analítico en teoría encuentra impedimentos, fijados por el objeto mismo del psicoanálisis. Del inconsciente, el sujeto solo puede ligar ciertas puntas, ciertos márgenes, lo reprimido *icc*, pero si esta ligadura hace posible el saber no-sabido, en el mismo instante y en esa misma ligadura, el *icc* como tal se sustrae, permanece no-reconocido.

Hasta allí, la respuesta freudiana para ese material “imposible de reconocer”⁹ consiste en sumar a la traducción teórica del material clínico ciertas hipótesis especulativas, formuladas como tales, para representar lo irrepresentable, lo que subsiste allende el principio de placer, más allá del trabajo de ligadura en el que se apoya la elaboración teórica del material clínico.

“Lo que sigue –advierte- es especulación, a menudo especulación extremadamente amplia, que cada cual apreciará o desechará según su propia posición. Por lo demás, es un intento de aprovechar consecuentemente una idea, por curiosidad para saber adónde conduce”.¹⁰

Así, el capítulo VI del texto de 1920 indica una vuelta sobre algo que permanecía en el fondo de la teoría freudiana del inconsciente y sobre lo que Freud abrigaba desde hacía bastante tiempo –es decir, a partir de los hechos clínicos dejados afuera por el principio de placer– cierta idea.¹¹

“Aquí –nos dice–, se nos impone la idea (*die Idee*) que hemos dado con el indicio de un carácter universal de las pulsiones –no claramente identificado hasta ahora o, por lo menos, no acentuado en forma expresa– y tal vez de toda vida orgánica en general”. Y propone un nuevo argumento para la idea de pulsión:

⁹ Ver J. C. Cosentino, “La hendidura del sujeto y el naufragio del complejo de Edipo. Acerca del capítulo III de *El yo y el ello*”, en S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, op. cit., p. 528.

¹⁰ S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo IV), SA, III, p. 234 y en *El giro de 1920*, Bs. As., Imago Mundi, 2004, p. 53.

¹¹ En la “Nota introductoria al Borrador del capítulo 5”, en S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, op. cit., pp. 98-9.

“Una pulsión sería, por lo tanto, un apremio propio de lo orgánico vivo para restablecer (Wiederherstellung) un estado anterior que lo vivo debió abandonar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras del exterior”.¹²

“Si es cierto que alguna vez la vida surgió de la materia inanimada -en una época inimaginable y de un modo irrepresentable-, tiene que haber nacido en ese momento, de acuerdo con nuestra premisa, una pulsión que quisiera volver a cancelarla, reproducir el estado inorgánico”.¹³

Pero el retorno sobre los fundamentos de la especulación renueva un punto problemático dejado en suspenso en el capítulo V y que no puede dejar de considerarse aquí: “una evidente objeción -sustentada en la idea- de que además de las pulsiones conservadoras, que fuerzan a la repetición, hay otras que apremian en el sentido de la creación y del progreso”.¹⁴

Freud conservó dos versiones de *Más allá*, una manuscrita y otra mecanografiada. Su establecimiento en alemán y su traducción al castellano forma parte de nuestra nueva propuesta de investigación. En la reproducida a mano, solo incluyó seis capítulos mientras que, en la mecanografiada, agregó un nuevo capítulo, insertado luego, que intenta constituirse en el eje del texto: el actual capítulo VI del escrito publicado, donde alude a los “dos tipos de pulsiones”.¹⁵

En el capítulo VI, escrito luego de la versión mecanografiada, señala: “seguimos sintiendo como un notable estorbo para nuestra secuencia de pensamiento que no podamos demostrar, justamente respecto de la pulsión sexual, aquel carácter de compulsión a la repetición que nos puso sobre la huella de las pulsiones de muerte”.¹⁶ Entonces, -continúa- “si no queremos desistir del supuesto de las pulsiones de muerte, hay que reunir las desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida”, es decir, trabajar “con una ecuación de dos incógnitas”.¹⁷

Verificamos pues el rigor de Freud: la hipótesis de las pulsiones de muerte sólo se sostiene si también las sexuales, con sus rodeos para llegar a la muerte, apuntan a restablecer un estado anterior. En efecto, ese supuesto “deriva una pulsión de la necesidad de restablecer un estado anterior”.¹⁸

De esta manera, lo que halla en la ciencia acerca del nacimiento de la sexualidad y del problema de la muerte es tan poco que ese problema lo compara con “una oscuridad que no ha sido atravesada siquiera por el rayo de luz de una hipótesis”.¹⁹ Y “así en un sitio totalmente diverso”, con el supuesto²⁰ de naturaleza

¹² S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo V), *op. cit.*, p. 246 y en *El giro de 1920*, *op. cit.*, p. 67.

¹³ S. Freud, 32ª Conferencia. *Angustia y vida pulsional*, SA, I, p. 540 (AE, XXII, p. 99).

¹⁴ S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo V), *op. cit.*, p. 247 (AE, XVIII, p. 37).

¹⁵ Freud, S., 2004: “Jenseits des Lustprinzips” [g], Holograph manuscript y Holograph and typewritten manuscript, bound, Manuscript Division, Library of Congress, Washington, D.C.; el establecimiento del texto manuscrito en alemán y la traducción al castellano se encuentran en curso.

¹⁶ S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo VI), *op. cit.*, p. 264 (p. 54).

¹⁷ *Ibid*, pp. 265-66 (p. 55).

¹⁸ *Ibid*, pp. 265-66 (p. 56).

¹⁹ *Ídem*.

fantástica que Platón hace desarrollar en *El banquete* por Aristófanes –“por cierto, más un mito que una explicación científica”-, logra llenar justamente una condición cuyo cumplimiento anhela: la sustancia inanimada al cobrar vida, es decir, en el momento en que cobró vida, se desgarró en pequeñas partículas que desde entonces aspiran a re-unirse, a juntarse de nuevo, a aglomerarse, mediante las pulsiones sexuales.²¹

Pues bien, “en algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida”.²² Empero, “la sustancia viviente -en la que persiste la afinidad de la materia inanimada-, al cobrar vida, fue desgarrada (*zerrissen*) en pequeñas partículas que desde entonces tienden a re-unirse (*Wiedervereinigung*) mediante las pulsiones sexuales”.²³

Y se confirma en la 32ª conferencia, cuando se pregunta, retomando aquella rigurosidad, “si el carácter conservador acaso no es propio de todas las pulsiones sin excepción, si también las pulsiones eróticas querrían devolver (*wiederbringen*) un estado anterior toda vez que aspiran a la síntesis de lo vivo en unidades mayores”.²⁴

“Las pulsiones... se revelan como unas aspiraciones por restablecer (*Wiederherstellen*) un estado anterior. Podemos suponer que en el momento mismo en que uno de esos estados, ya alcanzado, es perturbado, nace una pulsión a recrearlo y produce fenómenos que podemos designar como compulsión a la repetición... Tampoco en el ámbito psíquico tardamos mucho tiempo en hallar sus manifestaciones. Nos ha llamado la atención que las experiencias (*Erlebnisse*) olvidadas y reprimidas de la primera infancia se reproduzcan en el curso del trabajo analítico en sueños y reacciones, en particular las de la transferencia, y ello no obstante que su despertar contraría el interés del principio de placer;... en estos casos una compulsión a la repetición se impone incluso más allá del principio de placer. También fuera del análisis es posible observar algo semejante. Hay personas que durante su vida... parecen perseguidas por un destino implacable, cuando una indagación más atenta enseña que en verdad son ellas mismas quienes sin saberlo se deparan ese destino. En tales casos atribuimos a la compulsión a la repetición el carácter de lo demoníaco.

Pero ¿en qué contribuirá este rasgo conservador de las pulsiones para entender nuestra autodestrucción? ¿Qué estado anterior querría restablecer tal pulsión?... Y si ahora reconocemos en esa pulsión la autodestrucción que habíamos supuesto, estamos autorizados a considerar esta última como manifestación de una pulsión de muerte que no puede estar ausente de ningún proceso vital.”²⁵

²⁰ “Este supuesto -para Brigitte Leméer- constituye la última pieza de la construcción freudiana, pieza indispensable para que todo el andamiaje se sostenga”. Ver *La pulsión de muerte*, Bs. As., Nueva Visión, 2006, pp. 19-32.

²¹ S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo VI), op. cit., p. 267, (p. 57).

²² *Ibid* (capítulo V), p. 248, (p. 38).

²³ *Ibid* (capítulo VI), p. 267, (p. 57).

²⁴ S. Freud, 32ª conferencia. *Angustia y vida pulsional*, SA, I, 540 (AE, XXII, p. 100).

²⁵ *Ibid*, pp. 539-40, (pp. 98-99).

El mito

En el Banquete de Platón se halla el mito sobre el origen de amor. Aristófanes relató que eran tres los géneros de los hombres, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre era el andrógino; que eran seres redondos, sus espaldas y sus costados formaban un círculo; tenían cuatro brazos, cuatro piernas, dos rostros sobre un cuello circular, y sobre estos dos rostros una sola cabeza; tenían cuatro orejas, dos órganos sexuales y todo el resto duplicado también.

Esa especie particular, el andrógino, caminaba en posición erecta como ahora, hacia delante o hacia atrás, según deseara; pero cuando le daban ganas de correr con rapidez daba una vuelta de campana haciendo girar sus piernas hasta caer en posición vertical y, como eran entonces ocho los miembros en que se apoyaba, avanzaba dando vueltas sobre ellos a gran velocidad. “Eran, pues, seres terribles por su vigor y su fuerza; grande era además la arrogancia que tenían, y atentaron contra los dioses,... quisieron construir una escalera para atacarlos”.

Al enterarse los dioses de esta arrogancia el castigo debía de ser ejemplar. Zeus ideó la mejor manera: cortarlos en dos partes, de forma de hacerlos incompletos, con la desesperación permanente de cada uno de buscar la otra parte. “Estando pues toda la naturaleza dividida en dos, en cada ser humano surgió una enorme nostalgia por su otra mitad y las dos mitades echaban sus brazos una en torno de la otra y trenzaban sus cuerpos, deseosas de volver a fusionarse en un solo ser”. Así, la condena consistió en añorar la otra parte. Desde entonces hombres y mujeres buscan siempre a la otra mitad.²⁶

Restablecer un estado anterior

Leímos: “que si el carácter conservador acaso no es propio de todas las pulsiones sin excepción, también las pulsiones eróticas querrían devolver (*wiederbringen*) un estado anterior toda vez que aspiran a la síntesis”. Mientras el mito deja en suspenso esa aspiración a la reunión, la traducción teórica de los procesos (*Vorgänge*) inconscientes plantea un problema específico: para Freud es necesariamente incompleto ya que “nos vemos precisados a trabajar con los términos científicos, esto es, con el lenguaje en imágenes (*Bildersprache*) o el lenguaje metafórico propio de la psicología... de las profundidades”.²⁷ Pero ese lenguaje distintivo, metafórico, inadecuado para traducir dichos procesos, insiste en el texto: “si realmente es un carácter tan general de las pulsiones el de querer restablecer un estado anterior”, no cabe extrañarse de que en la vida anímica la mayor parte de los procesos “se lleven a cabo con independencia del principio de placer”.²⁸ Y, sin duda, la traducción teórica apremia, urge, pues “de otro modo no podríamos ni describir los procesos correspondientes; más aún: ni siquiera los habríamos percibido”.²⁹

²⁶ Platón, *El Banquete o Del amor*, Madrid, Aguilar, 1992, pp. 58-62; también, en *Diálogos*, Bs. As., Espasa-Calpe, 1970, pp. 89-138 y México, Porrúa S. A., 1991, pp. 351-386.

²⁷ S. Freud, *Más allá del principio de placer* (capítulo VI), op. cit., p. 268 (p. 58).

²⁸ *Ibid* (capítulo VII), p. 270 (p. 60).

²⁹ *Ibid* (capítulo VI), p. 268 (p. 58).

¿Los hechos clínicos dejados afuera por el principio de placer? Las anticipaciones. Freud se ajusta, en el *Manuscrito K*, al paradigma de la neurosis de angustia donde, de la misma manera que en la histeria de conversión y en la neurosis obsesivo-compulsiva (*Zwang*), “una cantidad que nace de la vida sexual provoca (*verursachen*) una perturbación dentro de lo psíquico”, a pesar del principio regulador, el de constancia.³⁰

A partir de aquella fuente independiente, el inconsciente consistirá en la operación de sustitución, realizada por vía de la represión, alrededor del agujero de lo no-reconocido, es decir, de su punto de fracaso mismo.

Entonces, en relación con lo no-reconocido ¿qué entraña el restablecimiento de un estado anterior?

En el capítulo IV de *Das Ich und das Es*, nos encontramos con un final curioso. Para Freud, no es posible rechazar el punto de vista de que el principio de placer sirve al ello como una brújula en la lucha contra la libido, que da entrada a las perturbaciones en el curso de la vida. Ahora bien, manteniendo aún la correlación entre ambos principios el acto sexual introduce cierta novedad, pues, “después de excluido el Eros por medio de la satisfacción, la pulsión de muerte tiene mano libre para instaurar sus propósitos”.³¹

En un pequeño paréntesis que introduce a poco de comenzar a escribir *El problema económico*, destaca, incluyendo el *más allá* y la aspiración masoquista pero sin “rehusarle al principio de placer el título de guardián de la vida”, que “en la serie gradual de las sensaciones de tensión sentimos directamente el aumento y la disminución de las magnitudes de estímulo, y es indudable que existen tensiones placenteras y distensiones displacenteras”.³² Así, el estado de la excitación sexual³³ se le presenta como el ejemplo más notable de uno de estos incrementos placenteros de estímulo. Y la semejanza “entre el estado posterior a la satisfacción sexual completa y el morir” requiere, en el terreno de lo ligado, el más allá del principio de placer.³⁴

Un cambio de meta

El problema económico se refiere a “la existencia de la aspiración masoquista en la vida pulsional de los seres humanos”. En consecuencia, sólo cuando hay sorpresa, no-preparación e indefensión invade, de golpe, el fenómeno de lo *unheimlich*. ¿En esta dirección de la irrupción de lo no ligado, cuáles son los propósitos de la pulsión de muerte cuando tiene las manos libres?

³⁰ S. Freud, “Manuscrito K”, en *Primera clínica freudiana*, Bs. As., Imago Mundi, 2003, p. 120.

³¹ Si el principio de constancia, siguiendo a Fechner, domina la vida que debería ser, entonces, un deslizarse hacia la muerte, “son por lo tanto las exigencias del Eros, de las pulsiones sexuales, las que detienen —como necesidades de pulsión— la caída del nivel y dan entrada a tensiones nuevas”. S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Versión impresa, capítulo IV, párrafo [18]), op. cit., p. 443.

³² S. Freud, *El problema económico*, SA, III, pp. 344-45 (AE, XIX, pp. 166-67).

³³ No sin el más allá pero en el campo del principio de placer.

³⁴ S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Versión impresa, capítulo IV, párrafo [18]), op. cit.

Para la revisión del supuesto de la pulsión de muerte, que no siga estrictamente la elaboración teórica llamada “especulación analítica” pero que la rescate, hace falta *El problema económico del masoquismo*, que Freud publicó menos de un año después de escribir *El yo y el ello*. Con el dolor, como lo señala allí, hay un cambio de meta. Se trata de una satisfacción de otro orden: el sujeto encuentra placer, más allá del principio, en el displacer, hay lugar para el goce. En ese momento, “el principio de placer queda paralizado”.³⁵ Freud constata entonces que no-toda la pulsión está inscrita en la representación. Interviene pues, junto a ese material *Icc* no-reconocido, el silencio de la pulsión, cuyo nombre es la pulsión de muerte.

En igual dirección que el capítulo IV, se refiere al dominio de la pulsión de muerte por la libido. Y como en *El problema económico* se trata de un intento, “no alcanzamos a deducir la proporción de las pulsiones de muerte que se sustraen de ese dominio obtenido mediante ligadura con complementos libidinosos”.³⁶ Pero entonces, el reconocimiento de un masoquismo erógeno primario produce un giro y le da entrada al goce.

El propio sí-mismo

En el apartado IV de *Das Ich un das Es* curiosamente encontramos una única nota a pie de página, añadida durante la corrección de las pruebas de galera, indicando que “las pulsiones de destrucción dirigidas hacia afuera fueron desviadas del propio sí-mismo (*eigenen Selbst*) por la intermediación del Eros”.³⁷

Y, justamente, esta llamada anticipa en el “propio *Selbst*” la reformulación del masoquismo.

“En el ser vivo... la pulsión de muerte... que impera dentro de él, querría desgarrarlo, fragmentarlo y llevarlo... a la condición de la estabilidad inorgánica”, allí donde -con el supuesto de naturaleza fantástica- Freud lograba llenar una condición: esa aspiración a la reunión. Pero “la tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora... desviando –un sector de ésta- en buena parte hacia afuera”. No obstante, “otro sector no obedece a este traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual”. Y, precisamente, “en ese sector tenemos que distinguir el masoquismo erógeno, originario”.³⁸

Así, en el texto de 1924 se produce el encuentro de la hipótesis especulativa con el masoquismo erógeno, originario.

Pero en este cruce, donde reaparece la vuelta a lo inanimado, se produce una torsión, pues la condición primaria del masoquismo subvierte la relación del sujeto con el goce. Y también, una disimilitud, ya que “el propio sí-mismo” vale como un objeto ajeno.

³⁵ S. Freud, *El problema económico del masoquismo*, op. cit., 343 y en *El problema económico*, op. cit., p. 79.

³⁶ *Ibid*, p. 348 (AE, XIX, p. 170).

³⁷ S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Versión impresa, capítulo IV, párrafo [17], nota), op. cit., p. 443, n. 21b.

³⁸ S. Freud, *El problema económico del masoquismo*, op. cit., pp. 347-48 (pp. 169-70).

Con esta disimetría, la pulsión de muerte es incomprendible si el principio de placer gobierna los procesos anímicos. Pero tiene mano libre para instaurar sus propósitos cuando, con el cambio de meta y ligada libidinalmente vía coexcitación sexual, permanece en el interior como un exterior, siempre excluido. En ese punto, se trata del masoquismo erógeno en sentido estricto. Es decir, de un componente de la libido que sigue teniendo como objeto al *propio ser*. El “propio sí-mismo”. Un testigo y un resto de ese tiempo de aleación pulsión de muerte-Eros.

Caída del supuesto de la reunión

Con la conmoción que produce la entrada del goce, por una parte, cae el supuesto de la reunión. Por otra, presumiendo -en 1938- que “lo viviente advino más tarde que lo inerte y surgió desde esto”, permanece en el horizonte “la fórmula mencionada, a saber, que una pulsión aspira al regreso a un estado anterior”. Pero entonces Freud señala que “no podemos aplicar a Eros esa fórmula” pues ese supuesto “presupondría que la sustancia viva fue otrora una unidad luego desgarrada y que ahora aspira a su re-unión (*Wiedervereinigung*)”. ¿Y entonces? “Los poetas han fantaseado algo semejante; nada igual nos es consabido desde la historia de la sustancia viva”.³⁹

En el mito, la naturaleza de aquel ser quedó cortada en dos. “Entonces cada mitad, suspirando por su otra mitad, se le unía: anhelando, confundirse en un solo ser”.⁴⁰ Y de esta manera, la más terrible de las condenas había sido cortar la esfera, la imagen de un cuerpo esférico, acabado, cuya simetría era tal que le proveía placer a la mirada. Dividir la esfera era pues romper con lo armónico, atentar contra la buena forma.

Pues bien, añorar la otra mitad cae, igual que lo armónico. Pero hay una torsión: se trata de disimilitud, ya que “el propio sí-mismo” en la *Spaltung* del sujeto, vale como un objeto ajeno.

Entonces, el mito de la laminilla⁴¹ encarna la “parte faltante” del mito de Aristófanes, que es resultado de una división inaugural, que deja un resto inasimilable. Y así, el mito de la búsqueda de la mitad sexual en el amor queda sustituido por la búsqueda, por el sujeto, no del complemento sexual, sino de la parte de sí mismo perdida para siempre: el propio sí-mismo.

“Así, explico la afinidad esencial de toda pulsión con la zona de la muerte y concilio las dos caras de la pulsión —la pulsión que, a un tiempo, presentifica la sexualidad en el inconsciente y representa, en su esencia, a la muerte”.⁴²

Tal como leemos en el *Esquema*, mientras persiste en el horizonte la vuelta de una pulsión al estado inorgánico, apuntalada con la condición primaria del masoquismo, cae el supuesto de la otrora unidad de Eros, luego desgarrada, que aspiraba a su re-unión. Y justamente en este punto de torsión Lacan reflexiona

³⁹ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis* (Parte I, capítulo II. Doctrina de las pulsiones), op. cit., p. 71 (p. 147).

⁴⁰ Platón, *El Banquete o Del amor*, op. cit.

⁴¹ J. Lacan, *El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (El mito de la laminilla), Bs. As., Paidós, 1991, pp. 204-07.

⁴² *Ídem*.

sobre el retorno freudiano a lo inanimado -“en el fondo una extinción de las tensiones”- y lo reubica como ese punto de fuga, ese punto ideal, ese punto fuera del plano, cuyo sentido capta el análisis estructural al quedar perfectamente indicado en lo que constituye el goce.⁴³

El masoquismo erógeno, originario

Pues bien, vía *Esquema*, la cuestión que lo interroga es otra: “si la satisfacción de impulsos pulsionales puramente destructivos puede ser sentida como placer, si puede ocurrir una destrucción pura sin agregado libidinoso”. Su respuesta es que “una satisfacción de la pulsión de muerte que ha permanecido en el yo⁴⁴ no parece arrojar sensaciones de placer, aunque el masoquismo constituye una mezcla enteramente análoga al sadismo”.⁴⁵

Efectivamente, a esta altura, Freud ya introdujo el masoquismo erógeno originario y únicamente el masoquismo introduce esa dimensión de satisfacción, o sea, un valor de goce para el sujeto.

Con el cambio de meta —el placer en el dolor— es posible localizar esa extraña satisfacción. Hay goce donde comienza a aparecer el dolor. Aunque, “no se goza el dolor mismo, sino la excitación sexual que lo acompaña”.⁴⁶ Y es sólo en ese borde del dolor, cuyo campo ha sido ampliado⁴⁷ en el borrador del breve capítulo 3, que puede experimentarse el cuerpo que, de otro modo, permanece velado.

De esta manera, si “el nombre de libido puede aplicarse... a las manifestaciones de fuerza del Eros, a fin de separarlas de la energía de la pulsión de muerte”,⁴⁸ Freud nos advierte en *El malestar en la cultura* que, al contrario, carecemos de un término análogo a *libido* para la energía de la pulsión de destrucción. Ocurre, que “posteriormente nos resulta relativamente fácil perseguir

⁴³ “Basta con partir del principio del placer, que no es más que el principio de la menor tensión... que debe mantenerse para que subsista la vida. Esto demuestra que en sí mismo el goce la desborda y que el principio del placer mantiene el límite en lo que al goce se refiere. Como todo nos lo indica en los hechos, la experiencia, la clínica, la repetición se funda en un retorno del goce. Y lo que el propio Freud articula en este sentido es que, en esa misma repetición, se produce algo que es un defecto, un fracaso” (J. Lacan, *El Seminario, libro 17, El revés del psicoanálisis*, Bs. As, Paidós, 1992, p.48).

⁴⁴ Freud comenta: “Una porción de la pulsión de muerte permanece activa en el interior del ser vivo, y hemos intentado deducir toda una serie de fenómenos normales y patológicos de esta interiorización de la pulsión destructiva. Y hasta hemos cometido la herejía de explicar la génesis de nuestra conciencia (*Gewissen*) por esa vuelta de la agresión hacia adentro”. S. Freud, *¿Por qué la guerra?*, SA, IX, p. 282 (AE, XXII, p. 194).

⁴⁵ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis* (Parte I, capítulo III), op. cit., p. 76, n. 1 (p. 152, n. 3).

⁴⁶ S. Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, op. cit. SA, III, p. 92 (AE, XIV, p. 124).

⁴⁷ Allí, surge una formulación en un tiempo en que Freud puede dejar entre paréntesis la ciencia de la época, no nombrar ni la psicofisiología ni las enfermedades dolorosas, como luego ocurre en el pasaje a la copia en limpio, y ampliar el campo del dolor. “La manera en que, en caso de dolor, se obtienen nuevas representaciones del interior del propio cuerpo es, quizás, paradigmática de la manera en que cada uno adquiere generalmente el conocimiento de su yo corporal”. S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Borrador, capítulo 3, párrafo (22), p. 9), op. cit., p. 69.

⁴⁸ S. Freud, *El malestar en la cultura* (capítulo VI), SA, IX, p. 248 (AE, XXI, p. 117).

los destinos de la libido, pero como señala en el *Esquema* es más difícil en la pulsión de destrucción”.⁴⁹

Y como es más arduo en la pulsión de muerte, en el *Malestar* la concepción freudiana puede enunciarse aproximadamente así: “en cada manifestación de pulsión participa la libido, pero no todo en ella es libido (*daß an jeder Triebäußerung Libido beteiligt ist, aber daß nicht alles an ihr Libido ist*)”.⁵⁰

Así, corresponde aceptar que la pulsión de muerte:

“cuando no se delata por medio de la aleación con el Eros, resulta tanto más difícil de aprehender, -en cierto modo sólo la vislumbramos como vestigio detrás del Eros- y se nos escapa. ... En el sadismo, donde ella tuerce a su favor la meta erótica satisfaciendo al mismo tiempo enteramente la tendencia sexual, logramos el más claro entendimiento de su ser (*Wesen*) y de su relación con el Eros. Pero aún donde se presenta sin propósito sexual, incluso en la más ciega furia destructiva, no es posible desconocer que su satisfacción se enlaza con un goce narcisista extraordinariamente alto, en la medida en que enseña al yo el cumplimiento de sus antiguos deseos de omnipotencia. ... Como el supuesto de esa pulsión descansa esencialmente en razones teóricas, hay que admitir que tampoco está del todo a salvo de objeciones teóricas”.⁵¹

Qué es el inconsciente

Cuando Freud, como advertimos,⁵² se refiere en el capítulo II al yo como entidad corporal (un yo-cuerpo), el *Ich* no es sólo una entidad de superficie sino en sí mismo la proyección, que tiene como referencia al dolor, de una superficie.⁵³ Y en esa ajenidad del cuerpo donde aparece el dolor, como anticipamos, hay otro “espacio” para lo real del goce. El yo-cuerpo, un yo extraño, ocupa el lugar de ese objeto que Freud no terminó de construir y sostiene, objetando lo universal, ese *lcc* no-todo reprimido. De esta forma, “el goce del cuerpo hace punto contra el inconsciente”.⁵⁴

Se advierte pues el desenlace del encuentro de la pulsión de muerte con la segunda tópica, es decir, con ese material *lcc* no-reconocido cuando la condición primaria del masoquismo subvierte la relación del sujeto con el goce: ello no piensa, ello goza,⁵⁵ sellando la discontinuidad existente entre *icc* e *lcc*.

⁴⁹ S. Freud, *Esquema del psicoanálisis* (Parte I, capítulo II. Doctrina de las pulsiones), GW, XVII, p. 72 (AE, XXIII, p. 147).

⁵⁰ S. Freud, *El malestar en la cultura* (capítulo VI), op. cit., p. 248, n. 3 (p. 117, n. 11).

⁵¹ *Ibíd.*, p. 248 (p. 117).

⁵² Ver: J. C. Cosentino, “Un material *lcc* que permanece no-reconocido: Acerca del capítulo II de *El yo y el ello*”, en S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, op. cit., p. 515.

⁵³ “La extensión del yo en el dolor interno [es] paradigma para el nacimiento del yo” (breve nota (24) de la segunda sección: “*Preguntas laterales, temas, fórmulas, análisis*”, en S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada, op. cit., p. 169).

⁵⁴ J. Lacan, *El Seminario, libro XXVII, Disolución* (El seminario de Caracas, agosto de 1980), en *Escisión, Excomuni3n, Disoluci3n*, Bs. As., Manantial, 1987, p. 266.

⁵⁵ “El inconsciente es que el ser, hablando, goce y... no quiera saber nada más de eso... Esto quiere decir: no saber absolutamente nada” (J. Lacan, *El Seminario, libro 20, Aun* (IX. “Del barroco”, del 8 de mayo de 1973), Bs. As., Paid3s, 1981, p. 128).

Si la palabra⁵⁶ es el resto mnémico del tesoro de palabras habladas y aun oídas de la lengua materna, se esclarece, pues, lo que de ese caudal de palabras */cc* se sostiene como resultado del empleo del lenguaje, de una paradójica satisfacción, regida por las mudas pero poderosas pulsiones de destrucción y, al mismo tiempo, permanece no-reconocido.

Un paso más. En ciertos momentos privilegiados de un análisis, vía trabajo del sueño, se produce la activación de los restos de lo visto y de lo oído, es decir, de un saber hecho de sedimentos, de los excedentes traumáticos del tesoro de palabras, para cada cual, de su lengua materna, cuando dicha lengua materna se separa del lenguaje produciendo un */cc* no-todo que bordea el agujero de lo no-reconocido, es decir, de su punto de fracaso mismo: la imposibilidad con que el sexo se inscribe en el inconsciente.

⁵⁶ S. Freud, *El yo y el ello*, Manuscritos inéditos y versión publicada (Borrador, capítulo II, párrafo (8), p. 6), op. cit., p. 53.